

## Nuevo Orden Global

### Actores y escenarios de un juego abierto



Tras un año largo desde el comienzo de lo que debería haber sido para sus iniciadores una acción breve y exitosa a la que le asignaron la más policial denominación “operación especial”, estamos frente a un cuadro irisado de peligros y sobre todo de incertidumbres, no sólo referidas a cómo habrá de concluir el conflicto bélico propiamente tal, sino y lo que es más relevante, qué tipo, forma y naturaleza tendrá el Orden Global que surja al final del proceso abierto por la guerra en el este de Europa cuyo inicio suele parecer un desvarío de la razón.

Pero como sabemos de los debates en la filosofía de la historia, esta no se mueve sólo entre alternativas, sino también que la lógica y el sentido de los acontecimientos no siempre coinciden con el venir y devenir de los acontecimientos en la línea del tiempo.

Para llevar adelante esta operación sus ejecutores transgredieron, más allá de las explicaciones históricas y de contexto, la más importante regla del Orden Jurídico Internacional contemporáneo, aunque no necesariamente el más respetado, el no uso de la fuerza en la resolución de conflictos y mucho menos el uso de ella para atacar e invadir naciones soberanas; pecado, habremos de consentir, del que no hay casi país poderoso alguno se libre de él.

Como hemos señalado en trabajos anteriores, tras la crisis económica del 2008 y el fin del ciclo de hegemonía unilateral surgido en los 90 tras la implosión de los llamados “socialismos reales” y el fin del orden bipolar, resultado de la distribución del poder global, al fin de la Segunda Guerra se abrió un cuadro de competencia y pugna por la ocupación de espacios hegemónicos en que competían fundamentalmente los EE.UU., el decaído hegemón Rusia que buscaba hacer valer su historia, sus dimensiones y por sobre todo el ser heredero y, en esa línea, continuador de un considerable poder atómico y dos “nuevos” contendientes, China que con propiedad buscaba (y busca) hacer valer no sólo su población y peso específico en Asia Pacífico, sino el haber dado lo que Mao Zedong en su día llamó el “gran salto”. Es probable que el propio Mao se hubiese sorprendido, cuando no defraudado, al ver que el salto no fue a upas del “rojo corcel” del pensamiento Mao Zedong, sino del capitalismo de estado, ese gato de Deng Xiaoping por cuyo color no había que preguntar, pero cuyas riendas mantiene en todo caso con la mayor firmeza el Partido Comunista. El cuarto contendiente es la Unión Europea que encarna o busca encarnar una visión y organización de su presencia global innovadora y novedosa, de la cual puede afirmarse constituye en su proceso de desarrollo un destacable avance civilizatorio. A febrero del 2022 la Unión Europea se

encontraba en un interesante y desafiante proceso de no sólo profundizar sus dinámicas de integración -que, sin embargo, encontraban críticas y resistencias en diversos sectores de su propia región-, sino de asumir con independencia sus necesidades, requerimientos y proyectos de seguridad. Eran los tiempos en que el presidente francés diagnosticaba “la muerte cerebral” de la OTAN y Alemania destinaba ingentes recursos a la modernización de sus sistemas de seguridad, al tiempo que llevaba adelante audaces planes de cooperación energética con Rusia y en el que en Bruselas, encabezado por Josep Borrel, Alto Representante para Asuntos Exteriores y Seguridad de la Unión, se diseñaban planes para una mayor independencia y autonomía en esos aspectos. Otras potencias como India en Asia buscaban su lugar en un orden global que se avizoraba complejo, pero de actores plurales que, en un proceso de pugna, transformación y búsqueda de nueva configuración y equilibrios, discurría sin que ninguno de los contendientes protagónicos recurrieran a la fuerza o amenazara abiertamente con ella.

La acción unilateral de Rusia desató una dinámica global cuyos resultados finales son crecientemente difíciles de prever y dónde todo pareciera indicar un estado fluido e incierto a nivel global, en el que puede darse la paradoja que sean otras dinámicas distintas a las de la propia guerra las que terminen siendo las determinantes, más todavía que la guerra en esa parte del territorio europeo se convierta en un discurrir de acontecimientos, muchos de ellos muy potencialmente peligrosos, que logren ser encapsulados sin tener en sí mismos una solución en un tiempo previsible.

Visto desde fuera de Europa, incluido los EE. UU. en su condición de contendientes principales, aunque oblicuos, en muchos y principales lugares del mundo, la guerra entre Ucrania y Rusia es vista como un conflicto tan lejano como ajeno. Ese es el caso, qué duda cabe, de la muy mayor parte de los países latinoamericanos, región por lo demás que, de cara a la reconfiguración del nuevo orden, cualquiera este sea o resulte, es de casi total irrelevancia.

Sólo el Brasil de Lula busca volver a jugar un papel en el escenario de la solución del conflicto y más allá de ello en el debate por la nueva configuración global en las cambiantes condiciones que ese conflicto ha configurado. A las finales lo que en definitiva está en juego es la posición, el posicionamiento, la incidencia y el rol que cada una de las fuerzas y espacios políticos, los estados y los espacios territoriales del escenario internacional habrán de jugar, encarnar, investir. En ese cuadro Brasil ha optado, como lo demuestran las formas y los contenidos de su reciente visita a China, ser protagonista de lo que provisoriamente y recordando el rol de Tito, Nehru o Nasser en los principios de la Guerra Fría, podríamos llamar una articulación de los “no alineados”.

Si nos permitiésemos lo que a estas alturas podría incluso denominarse un juego de especulación adivinatoria dada la enorme fluidez del panorama y de la dinámica accional de los distintos actores y sujetos en el juego es posible, con infinitas previsiones, ensayar tres niveles de propuestas: hacer un diagnóstico somero del actual estado de cosas, describir los distintos actores (al menos los principales) y ensayar la dinámica probable en el desarrollo en cada uno de ellos.

La guerra ha devenido en un empate catastrófico en que la potencia agresora cuyas dimensiones en casi todos los planos superan en muchas veces al agredido se encuentra

lejos de una solución militar y también de una solución política, diplomática nacida de acuerdos y negociaciones.

Si bien -y más allá de todo juicio de valor- se ha conformado en la Unión Europea junto con EE. UU. un claro posicionamiento de solidaridad y apoyo a Ucrania, un ajuste más fino de la mirada muestra que la unanimidad en esta conducta es mucho más llena de matices que lo que en primera mirada pareciese. No es del caso hacer un recuento país por país de los 24 que conforman la Unión, pero claramente las posiciones de cada uno de ellos apuntan a intereses y visiones de la propia Unión diferentes cuando no encontrados.

Hasta el inicio de la Guerra era posible reconocer una tendencia hegemónica encabezada por Francia y Alemania de fortalecimiento de la identidad propia que se expresaba en una clara voluntad de asumir su propia seguridad tanto resultado de un brinco en su propio estado de desarrollo, como en la constatación del hecho que los EE.UU. tendían a retirarse del escenario europeo para concentrarse principalmente en el pacífico donde se hacía más nítida y patente la disputa hegemónica con China que, como señalábamos, era en las distintas dimensiones que conforman el status de un poder global un competidor que se hacía presente con fuerza en los más disímiles espacios del poder. En ello es destacable el que China se había asentado con fuerza en espacios geopolíticos que tradicionalmente o, mejor dicho, en el marco de la bipolaridad de la Guerra Fría fueron zona clara de influencia de los EE.UU. América Latina es un ejemplo prístino de esta situación, donde los EE.UU. hubieron de ceder su posición de primer socio comercial a China en economías que van desde Brasil a Bolivia.

En este proceso la alianza militar atlántica había perdido fuelle, sólo recordar el tan citado diagnóstico del presidente de Francia, y en rigor eran pocos los que lamentaban el proceso - quizá con la sola excepción de Polonia-. Era un proceso en que los actores principales de la Unión se mostraban dispuestos a asumir los costos, también en el plano de las inversiones militares, y que suponía un tipo de relación constructiva y de cooperación con Rusia. Baste pensar en la fenomenal construcción por parte de Alemania de infraestructura energética que vinculaba los territorios rusos y alemanes.

Alemania y Francia, que tras el abandono de Gran Bretaña de la Unión Europea se habían convertido de manera indiscutible en el centro de gravedad de la UE estaban casi sin fisuras por avanzar en una Unión que se hiciera cargo, en lo grueso, de su propia seguridad y que se situara de manera mucho más nítida e independiente en la disputa hegemónica global, ello implicaba un diseño que integraba a Rusia como parte activa y contributiva, aunque con momentos de competencia y distancia, de ese diseño.

La acción rusa retrotrajo esta dirección de las cosas y la orientó en sentido contrario no sólo en el sentido que los EE.UU. volvieron por sus pagos a Europa y consolidaron y, más aún, ampliaron cómo era difícil imaginar antes del conflicto su presencia a través de una OTAN rediviva y fortalecida que ha terminado ampliándose territorialmente de manera sustantiva, sino se han fortalecido- por esta y otras razones- las fuerzas políticas internas en casi cada uno de los países que impugnan y relativizan la importancia y la deseabilidad de los respectivos países en su membresía y participación del proyecto común. En algunos casos como Hungría y Polonia, en cierto sentido también Italia, en el gobierno y en otros muy centrales como Francia, con posibilidades inéditas de acceder a él.

Este proceso de reconfiguración del proyecto europeo, aún en curso y dónde las fuerzas en pugna están en pleno y dinámico desenvolvimiento, es probablemente uno de los procesos de mayor cambio y envergadura que desató la acción encabezada por Putin. No es difícil ni descaminado imaginar que éste ni en los escenarios más negativos al momento de hacer su plan supuso que iba a lograr un cuadro tan negativo y hostil para sus intereses en su más directo vecindario occidental.

A estas alturas y ya en el plano de adelantar escenarios se puede afirmar que Putin en un escenario de prolongación sine die de un conflicto bélico estancado tiene dos bazas, la una es apostar al desgaste y cansancio político de las sociedades democrática que apoyan a Ucrania y la otra a la ajenidad que tiene esta guerra para una parte muy significativa de la población mundial.

En el primer aspecto de esta afirmación es probable que las supuestas y eventuales reflexiones de Putin encuentren asidero en una realidad que va desde la apertura del proceso electoral en los EE. UU., donde cualquiera sea el candidato republicano vendrá con una visión mucho más orientada al conflicto con China y con un mucho más atemperado compromiso con Europa y sus cuitas, ya lo vimos en el gobierno de Trump. Los demócratas por su parte difícilmente podrán hacer una campaña exitosa muy involucrados en una guerra, en general las guerras han sido un mal antecedente en las elecciones en ese país, y si Biden, que mal que mal es uno de los últimos atlantistas en Washington, es candidato a la reelección tendrá de manera ineludible que hacer un giro en esta área.

Ni siquiera EE.UU. tiene capacidad efectiva de sostener una guerra, que de alargarse, se irá haciendo impopular y mantener un pulso que se tensiona por momentos con una China que ocupa espacios, “hace guapos” y se sitúa en el rol de buen componedor.

En el segundo aspecto, esa ajenidad es un espacio que le es al mismo tiempo tan cómodo como feraz para China, que puede buscar articularlo y liderarlo para ser mediador de conflictos de difícil solución, como lo demuestra el rol que jugó en el acercamiento entre Siria e Irán.

En el conflicto de Ucrania, que es en lo principal el conflicto de Rusia con EE. UU. y Europa Occidental, China se ha situado en una posición, al menos formal y discursiva, de no involucramiento y si de potencial componedor, plan de paz incluido.

Es interesante observar con detención la suerte que ha corrido ese plan, al principio cuando fue hecho público las reacciones globales fueron desde el radical rechazo al más absoluto escepticismo, Rusia incluida. Sin embargo, con el correr de las semanas los distintos actores han ido rescatando elementos de la propuesta que en los hechos lo hacen aparecer cada vez más como una plausible base de conversación, la que incluso la presidenta de la Comisión Europea, Ursula van der Leyen, menciona en su visita a Pekin.

No ha sido van der Leyen la única autoridad europea en viajar a China en gestos que buscan reafirmar identidad y también independencia; España y Francia también lo han hecho y Macron ha ido un paso más allá, tomando distancia del conflicto en Taiwán que es un asunto esencial en la política china. Sólo la Ministra de Relaciones Exteriores alemana, que también fue a China, decidió hacer “un gallito” con sus aliados internos en Berlín, los socialdemócratas

que han estado en una muy cuidadosa relación con China, y defender la independencia de Taiwán. La recepción en la propia Alemania del desplante fue más severa que la de un paciente Qi Jinbao en la conferencia de prensa conjunta.

China, de quien Henry Kissinger en su notable libro sobre ese país dice, contrastando con el suyo propio, que este no hace proselitismo ni reivindica que sus instituciones tengan validez fuera del país. Ello no obsta, sin embargo, la conciencia que esta nación ha tomado, especialmente bajo el liderazgo de Xi Liping, de su propio peso en el contexto internacional y ya no sólo por su población. Valga como dato pintoresco que justamente hoy 14 de abril en que terminamos de escribir este texto deja de ser el país más poblado de la tierra porque nacerá en India la guagua que supera la marca según calcula Naciones Unidas. Su fuerza militar y su enorme potencial económico y tecnológico lo convierten por angas o por mangas en un pivote del nuevo orden mundial que surja y ello con una red de vínculos y presencia que superan con mucho lo que podrían ser sus áreas naturales de influencia.

Justamente, este aspecto incluso en el escenario indeseable para países como el nuestro que se consolide un cuadro de bipolaridad, este será cualitativamente distinto al de la Guerra Fría por el simple hecho de la esencial imbricación económica y tecnológica de los jugadores principales entre si y de estos con los diversos espacios planetarios.

Hoy es posible prever que surja más que un nuevo mundo bipolar uno en que la tónica sea lo que podríamos denominar una “multipolaridad asimétrica” de hegemonías fluidas y de poderes más dinámicos que estáticos.

En este cuadro es probable que Rusia a partir del resultado de la guerra en Ucrania, cualquiera este sea, juegue un papel por lo pronto mucho menor que el que se imaginaba su gobierno al iniciar la agresión. Con un grado de certeza alto Putin no tendrá el “Yalta” que propuso el 2007 en la Conferencia de Seguridad en Munich y que reiteró en la Asamblea General de la ONU dos años después. En esa conferencia, que, de haberla, se realizará con mayor probabilidad en alguna isla del Pacífico, el lugar que habría querido tener Putin lo ocupará China representando los intereses de Moscú ya convertido definitivamente en una “gasolinera con armas atómicas” como dijera en alguna ocasión Josep Borrel.

La posición de Europa está por verse en la salida del conflicto, lo que parece claro es que la consolidación de su plena autonomía y con ello del proyecto que subyace en la Unión Europea se aleja.

Los gobiernos de algo así como la mitad de la población mundial han asumido posiciones de neutralidad frente a la guerra europea o, en el mejor de los casos, de condena simplemente discursiva al agresor y apoyo retórico y formal a las acciones de los miembros de la OTAN en ese territorio, América Latina es un caso paradigmático en ese sentido.

Brasil es con distancia el país más proactivo de la región en este sentido, hecho que refleja no sólo la vocación histórica de protagonismo internacional de ese país, sino los sustantivos vínculos económicos de Brasil con China, mucho mayores a estas alturas a los que tiene con los EE.UU. y la UE.

El Presidente Lula en su visita a China lleva a Pekín un propio plan de paz que contempla la conformación de un grupo de países neutrales que jueguen un papel mediador en la guerra. Más allá de eso y en un acto y gesto de la mayor relevancia en un cuadro de neutralidad y afirmación de la presencia de otros actores, es la asunción por parte de Dilma Roussef con presencia de Lula de la Presidencia del Banco de Desarrollo llamado a ser competencia del FMI y en el que los accionistas principales son China, India, Sudáfrica, el propio Brasil y Rusia, es decir el BRICS que con este acto toma un nuevo aire.

En ese contexto, India es un actor emergente al que hay que poner una especial atención ya que muestra datos sorprendentes en el sentido positivo, pero entre los que no hay que olvidar aquellos que siguen siendo un lastre de su complejo desarrollo. Siempre al hablar de India es necesario subrayar que más allá de las debilidades que tiene y los peligros que corre cuenta con un sistema democrático que la hace la democracia electoral (al menos) más extendida del planeta y junto a ello y a su enorme desigualdad y supervivencia de formas del arcaico sistema de castas es hoy la quinta economía mundial, con desarrollos tecnológicos muy de punta y que aprovechando su presidencia este año del G20, busca ejercer un rol mediador en el conflicto que nos ocupa.

Las dinámicas que desató o, mejor dicho, que evidenció y aceleró la crisis son de naturaleza y calidad (en el sentido más hegeliano) muy distinta y van de las muy concretas de la cotidianeidad brutal y dolorosa de un conflicto bélico hasta aquellas transformaciones civilizatorias en curso.

Zeitenwende, cambio de tiempo, es el concepto de los románticos alemanes que aparece una y otra vez en la literatura que trata de describir y relatar lo que está sucediendo hoy por hoy en nuestras sociedades. Ello va desde las formas y maneras en que los individuos y las sociedades se comunican entre sí, las maneras en que quiere organizarse para convivir - aquí se manifiesta de manera singular la tensión que se genera entre “bienestar”, “orden” y “democracia”- y los procesos como globalización, estado nacional, integración con fenómenos como la migración, intercambio de bienes y tecnología, enfrentamiento a crisis sanitarias -cómo hemos visto en los últimos años- y relaciones de dominio y dependencia.

Este nuevo escenario de recomposición del orden mundial sucede en el marco de una “Zeitenwende” singular de la humanidad, esos muy singulares momentos en que las sociedades (o las civilizaciones) se enfrentan a su propia perplejidad (o impotencia o confusión) ante las transformaciones que ellas mismas generan. Es el abandono de un mundo que conocen, pero ya no quieren más o dejaron de sentir como propio y la incapacidad de orientar, construir a conciencia, siquiera comprender el que está surgiendo. Se mezclan el aprendiz de brujo con la abeja de Marx en estado de angustia y aturdimiento. La partera de la historia ya no es más la violencia, que también, sino la conciencia desconcertada que refleja como en un juego de espejos deformes pasado, presente y atisbos de visiones obnubiladas de futuro.

Marzo - Abril 2023